

Naufragio

Cuando Ana se encontró con aquel refugio entró en shock. Era una pequeña choza de palos y hojas, el suelo estaba forrado con una red de junquillos. Poco más, salvo algunos utensilios realizados con materiales vegetales. Pero al lado de una cesta, un hatillo de hojas verde llamó su atención. Se agachó para recogerlo. Estaba atado con un nudo. Al primer vistazo, todo le indicaba que era un diario. Asombrada, comenzó a leerlo desde la página que, al azar, sorprendieron sus manos.

Día K.

Hoy ha llegado alguien a la playa. Desde aquí lo vi todo muy bien. Al principio sospeché lo peor. Yacía en la arena boca arriba, con la melena en la cara, inmóvil. Permaneció unas horas de esa forma. No podría decir que me alegraran sus movimientos, pero empezó a levantarse y a mirar hacia todos los lados. Le costó recuperar la verticalidad. Iba hasta el agua y regresaba. Salía de la playa hacia la maleza y regresaba. Cuando ya su paso era normal, se dejó caer sobre la arena abrazando sus rodillas y casi, la cabeza. He dejado de mirarla ya que aún la supongo en el mismo estado. Estoy agotada. Sigo siendo esa sombra que desde hace tiempo provocó la ausencia de detalles. Es algo así como no tener color de ojos, ni tipo de pelo, ni arrugas o comisura en los labios. Sin un espejo, soy un recuerdo, apenas con la mirada distingo retales de piel, carne y articulaciones. Tan sólo me quedan las manos... Esperaré.

Día L.

Se ha estado moviendo. Estoy algo alejada de ella, pero pude divisar su silueta la mayor parte del tiempo. Parece que ha elegido un lugar entre palmeras para establecerse, ya que ha instalado entre dos de ellas una especie de cerca con grandes hojas. Se ha acercado a mi posición, yo estoy un poco más a la derecha, sobre un montículo de poca altura cubierto de maraña. Detrás de ella sólo hay selva. Esta pequeña isla sólo es eso, selva baja y maleza. También horizonte vacío y sombra.

Día LL.

La noche es lo terrible de este lugar. Me acurruco tanto que acabo siendo diminuta como un insecto. ¡Eso es! Que excelente personaje. Es el hábitat perfecto para un insecto. Si lo fuera, todo alrededor sería igual de inmenso, sobrecogedor, como el sonido nocturno, pero yo encajaría. Al formar parte del entorno tendría la consciencia de ese insecto. Por tanto, inmune a mi condición de ahora como sombra. ¡Ah! Me aterra intentar reconocer cualquier sonido en la oscuridad. Sólo consigo dormir imaginando formas y colores con los ojos cerrados. Extrañas

mezclas de, espacios, caras, paisajes contruidos por líneas que se mueven y cambian de forma, de perspectiva, hasta que el cansancio mental me salva por algunas horas.

Día M.

Siempre intenta mantener vivo el fuego. Además, en ocasiones, la oigo gritar frases cortas como dirigiéndose a alguien. Creo que es para ahuyentar a las alimañas, para hacerse fuerte. Yo también lo hice. Pero aquí no existe ningún animal grande que nos pueda hacer daño, tuve tiempo para investigarlo. Aunque desde que estoy en este lugar un grupo de hombres han visitado la playa en dos ocasiones. Mantienen algo escondido, asunto que nunca he querido comprobar. Podrían sospechar si reconocen huellas o dejo señales. Por ese motivo me subí aquí. No suelen curiosear, como si conocieran todo lo que hay en esta isla. Pero temo que descubran su hoguera, el olor y el humo no pasará desapercibido.

Día N.

Hubiera jurado que ese sonido crujiente eran sus pasos y, entonces quizá, me hubiera visto como un insecto. Pero no era ella. ¿Cómo reconoceré que se acerca? Tampoco sé si he logrado convertirme en ese personaje. Si al menos me hubieran nacido patillas en el vientre, pero creo que no ha sido así. Aún me siento como sombra.

Día Ñ.

¡Ah! He dejado huecos donde pueda entrar algo de luz, aún de noche, en este escondrijo. Pero sigo distinguiendo en la oscuridad un juego provocador de sombras...

Mientras leía perpleja, Ana, empezó a escuchar movimientos en la playa. Dejando caer el hatillo al suelo, bajó corriendo y desafiante. La vieron venir. No pudieron entenderse. Ella y aquel grupo de hombres intercambiaban frases cortas en tono alto. Dos lenguajes diferentes. Un tipo desgarrado y alto la cogió por la cintura. Palmeaba sus hombros con tono tranquilo. Acabaron de tapar la zanja y se la llevaron al bote. Ana, sentada, escuchando las voces agrietadas de los hombres miraba a la playa y a toda la isla, con la intención de distinguirla en algún lugar. No podía ser. ¡Había alguien más! Y siempre estuvo allí. No puede ser. Es imposible. Se alejaban. La tierra era ya un enano trozo marrón rodeado de mar. Como un insecto ahogándose boca arriba. Bajó la cabeza, exhausta, y un escalofrío le recorrió las venas, un presagio. Era una locura, se dijo. Una locura. Era su propio escrito. Pero los ojos ganaron la batalla, se rindieron al cansancio, y cayó sobre la fuerte espalda de alguien.

Mañana será otro lugar, otro día, otra página.